

El pasado, ¿pisado?: la literatura y el cuidado de la salud

Orofino María Marta¹, Ricci Ricardo Teodoro²

1-Terapeuta ocupacional, Doutora em Letras (UFRGS), líder do grupo de pesquisa Narrativas em Saude do Grupo Hospitalar Conceição (Porto Alegre, RS, Brasil)

2-Médico Clínico. Ex profesor de Antropología Médica en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Tucumán. Tucumán – Argentina

Correo electrónico de contacto: Ricardo Ricci: riccirt@fm.unt.edu.ar

Recibido: 23 de Septiembre de 2022 - Aceptado: 21 de Noviembre de 2022

Temos todos duas vidas:

A verdadeira, que é a que sonhamos na infância,

E que continuamos sonhando, adultos, num substrato de névoa.

Álvaro de Campos

Este artículo surge con la intención de compartir con los lectores reflexiones y lecciones aprendidas del estudio de la literatura para su aplicación en el trabajo cotidiano del cuidado de la salud. Ponemos especial atención en lo dicho por Rita Charon, fundadora del Programa de Medicina Narrativa (MN) de la Universidad de Columbia. Ella define la competencia narrativa, como aquella que está al servicio de conocer, escuchar y comprender mejor las historias traídas por el paciente y/o familia, situadas en el contexto de sus trayectorias e historia de vida.

Para que esta práctica pueda ocurrir, Charon afirma que se deben realizar ciertos movimientos de aprendizaje, en los que se despierte y estimule la capacidad de lectura atenta (el “close reading” -o lectura cercana) y la escritura reflexiva. A través de una novela, un artículo periodístico, una autobiografía u otra forma de estructura, la narración capacita al profesional de la salud para escucharse más atentamente a sí mismo y al otro, advertidos de que los hechos de enfermedad y sufrimiento pueden ser narrados de una manera única, y que quizás de otro modo serían indecibles. (CHARÓN, 2006).

Defender y proponer la aplicación de las estrategias narrativas en el campo del trabajo multiprofesional en salud no es tarea fácil, significa disputar un espacio en un territorio estructuralmente marcado por la cultura de la hegemonía del saber médico. Un espacio en el que la valoración de signos, síntomas y la instrumentalización de procedimientos técnicos ocupan un lugar prioritario y hasta excluyente. Otro elemento importante a considerar, es que

los equipos de trabajo están compuestos, en su mayoría, por profesionales con diferente formación académica, diversas culturas, gustos, formas de ser y vivir la vida. Al compartir la tarea cotidiana, además de la pericia en saberes y prácticas, es fundamental la confianza mutua y el compromiso serio en el cuidado del otro.

Los encuentros basados en narrativas, tienen mucho para aportar en la formación de un trabajador de la salud más competente y comprometido para un cuidado humano, ético y eficaz, ya que se halla fortalecido por la capacidad de acoger y comprender las historias que comparten con él. Siendo conscientes de este desafío, proponemos consolidar la formación de los profesionales de la salud con las prácticas de la narrativa literaria aplicada al cuidado.

Dedicar encuentros mediados por la literatura, en el contexto del trabajo en salud, requiere un estudio y preparación previa de las obras elegidas. En este ensayo lo haremos compartiendo un breve recorrido por la lectura atenta de la novela “Infância”, de Graciliano Ramos (1995), recomendándola para actividades a desarrollar con equipos multiprofesionales de salud (OROFINO y SILVA, 2020).

Hay muchas razones para elegir los recuerdos de la infancia para una actividad de Medicina Narrativa con un grupo de adultos. Las resumimos con una bellísima sentencia vertida en la canción del músico brasileño Arnaldo Antunes: “Atento: todos tuvimos una infancia. Mahoma fue una vez un niño. Arquímedes, Buda, Galileo. Tú y yo también.”

Como dice la lingüista María Cecilia Perroni (1992) en el libro “Desarrollo del discurso narrativo”: la ficción y el relato de las experiencias vividas son géneros diferentes, pero comunes en las narrativas infantiles. Es a través de estos ensayos que todo comienza, sin embargo, las herramientas que garantizan una buena narrativa dependen del “espacio potencial”, como lo define el psicoanalista e investigador de la infancia Donald Winnicott (1975). Es decir, depende del apoyo y estímulo necesario que le ofrezca el adulto, al niño. Juegos, canciones, cuentos de hadas, leyendas u otras formas de narración ficcional pueden enriquecer esta primera reserva que nos acompañará a lo largo de nuestra vida. Claramente, podemos observar que existe una singular diferencia entre la narrativa infantil y la que construimos en la vida adulta. O, para complicar aún más las cosas, lo que narramos, en la vida adulta, sobre nuestra infancia. Restos del pasado que se entremezclan con impresiones evocadas en el presente.

En ese sentido, presentar una propuesta de lectura literaria y escrita, para equipos multiprofesionales de salud, desde un lugar común de experiencia -en este caso, la infancia- “permite incrementar las potencialidades narrativas de los participantes desde un lugar cómodo, desde el imaginario infantil” (OROFINO, 2020). Puede, por lo tanto, ser una buena estrategia para fortalecer nuestra competencia narrativa.

“Infância” de Graciliano Ramos

Considerado por la crítica literaria uno de los grandes nombres del ciclo del regionalismo nordestino, Graciliano Ramos figura entre los más grandes novelistas brasileños del siglo XX. En su obra literaria “Infancia”, el narrador adulto habla de su época de niño y sus primeros años de educación, atribuyéndole un aire biográfico y de memorias a la misma, la que puede

leerse tanto como novela como como conjunto de cuentos. Ramos se caracteriza por haberle prestado siempre especial atención a sus recuerdos.

En cartas dirigidas a su esposa Heloisa, que vivía en Alagoas con sus hijos, les comenta sobre hechos cotidianos en la ciudad de Río de Janeiro: restricciones financieras, reuniones con amigos, molestias y nostalgia. Por momentos, interrumpe la “historia”, como él la llama, con notas como: “He soñado constantemente con mi padre. Nunca pienso en él, con la vida que tengo no hago tiempo para sentimentalismos”. Y sigue, en los siguientes párrafos: “se me aparece el anciano, vivo, y noto que tengo con él una gran amistad” (RAMOS, 1980, p. 87).

Lo que probablemente Graciliano no sabía aún, en el momento de las cartas a su mujer, era que tal “sentimentalismo”, como él mismo refería, generaría mucho material para escribir “Infancia”. En su narrativa encontramos relatos de su relación con su padre y su madre entre otras personas que formaron parte de su infancia. Dichas memorias escritas en 1945 se remontan al período comprendido entre 1892 (fecha de su nacimiento) y 1905 (fecha de su ingreso en el internado).

En la obra, Graciliano abre el primer capítulo con la siguiente frase: “Lo primero que guardé en mi memoria fue un jarrón de loza vidriada, lleno de pitombas[3] escondido detrás de una puerta” (RAMOS, 1995, p. 7). En las siguientes líneas, realiza una confesión sobre la precisión de los hechos. Después de todo – se pregunta el narrador – ¿lo que guarda en su memoria, son hechos realmente vividos por él o están mezclados con informaciones obtenidas en sueños y relatos de otras personas?

Volviendo a la frase inicial de *Infância*, esta nos recuerda un comentario similar en “Segredos de Infância”, las primeras memorias de Augusto Meyer (1949). Allí, Meyer eligió como primera imagen “una pared roja, en el patio trasero de una casa indefinible”.

Solicitamos una breve pausa para compartir con el lector una nueva pregunta: ¿podemos nosotros, hombres comunes, recordar lo primero almacenado en la memoria?

En una conversación con amigos, la pregunta planteada arrojó un interesante y diverso universo de imágenes, sonidos y sentimientos: Un puentecito a medio camino entre la casa de la madre y el trabajo, la torta y las personas involucradas en la foto del segundo cumpleaños, los juegos en la plaza o bajo el rosal, el pesebre, las manos observadas desde dentro del pesebre, la noche estrellada o el arroz con huevo duro y caldo de habas que hasta hoy reconfortan. También aparecieron sentimientos como el miedo, el dolor y el abandono.

Como en “Infância”, donde el narrador afirma que tales recuerdos provienen de “puntos nebulosos, una isla dibujándose en el universo vacío” (RAMOS, 1995, p.7), o como dice Augusto Meyer (1994) que, de toda la infancia “sólo quedaban unas pocas imágenes vagas”, los comentarios de nuestros amigos tampoco pudieron proporcionar información precisa. Aquello provocó risas en algunos y cierta angustia en otros.

Es lo esperado. Sigmund Freud, en 1899, escribió un artículo llamado “Proyección de recuerdos”. En él, el fundador del psicoanálisis nos enseña que hay un abismo entre la infancia vivida y los recuerdos que guardamos de ella. Algunos, fabricados por nosotros en la vida adulta -siguiendo la misma lógica inconsciente que construye los sueños- nos permiten reinventar nuestro pasado. Son las denominadas “memorias encubridoras”. En otras palabras,

nos apropiamos de las fantasías, recuerdos y pensamientos de la niñez, vinculándolos simbólicamente en una narrativa propia, intensificando, deformando o transformando los recuerdos de la infancia. De esta manera, se hace posible que el adulto elabore algún complicado recuerdo de la infancia, permitiéndole repensar aquellos primeros días, como si pudiera revivirlos con un grado de conciencia que le faltaba en ese momento.

Es gracias a este trozo de ficción arrojado a estos recuerdos, a estos restos del pasado recogidos en el tiempo, que el adulto es capaz de reorganizar su propia versión de los hechos e incorporarlos a su propia historia.

No en vano hacemos esto todo el tiempo: narramos nuestras vidas para ver si podemos trascender hechos banales, recrear recuerdos para que nos revelen quiénes somos y qué queremos.

Según Jeanne Marie Gagnebin, el registro de la memoria, la salvación de lo olvidado y la constitución de sentido en la modernidad, son parte del trabajo de la narrativa auténtica, del narrador alegórico que narra para mantener, por así decirlo, la historia, la temporalidad y la muerte en la descripción del lenguaje humano, siendo así consciente de sus posibilidades y límites.

El primer "historiador", Heródoto, también define su tarea como una lucha contra el olvido "para que no llegue el momento de abolir las obras de los hombres y que las grandes hazañas realizadas, ya sea por los griegos o por los bárbaros, no caigan en el olvido (...) Aún hoy, la literatura y la historia tienen su raíz en el cuidado del recuerdo, ya sea para tratar de reconstruir un pasado que se nos escapa, o para "proteger algo de la muerte" (Gide) dentro de nuestra frágil existencia humana. (GAGNEBIN, 1999, p.3).

No es necesario, entonces, esperar a ser escritor, a ser un artista de renombre, para recordar las cosas de la vida. Este acto -el de recordar- no surge a partir de un gran talento, sino de la configuración de los lazos amorosos, sociales y culturales que construimos en la vida cotidiana. Es el hecho de que decimos, contamos -escrita u oralmente- sobre estos recuerdos lo que nos hace capaces de producir un efecto de verdad.

Al crecer, las personas dejan de jugar y parecen renunciar al placer que obtenían al jugar. Sin embargo, cualquiera que entienda la mente humana sabe que nada es tan difícil para el hombre como renunciar a un placer que ya ha experimentado. En realidad, nunca renunciamos a nada; simplemente cambiamos una cosa por otra. (FREUD, 1908, p.151)

Y es en este ir y venir, entre el pasado -de las vivencias infantiles- y el presente -de la realización de deseos y placeres- que podemos ejercitar nuestra competencia narrativa. "Lo que se crea entonces es un ensueño o fantasía, que contiene huellas de su origen desde aquella ocasión que lo provocó y desde la memoria", explica Freud. "Así el pasado, el presente y el futuro se entrelazan por el hilo del deseo que los une" (FREUD, 1908, p. 157).

Paul Ricoeur, en "Tiempo y Narrativa", obra en la que discute la existencia de una "conexión significativa" entre la función narrativa y la experiencia humana del tiempo, afirma que la narración deriva, de una simple sucesión de un mundo cronológico, una configuración, un acto de totalidad significativa, en un mundo temporal: "si, de hecho, la acción puede ser narrada, es porque ya está articulada en signos, reglas, normas". (RICOEUR, 2010, p. 100).

Por tanto, en las reglas del juego de la narración, no es posible incluir toda la información sobre un todo temporal. Para participar en el juego de narrar es necesario ejercer una toma de decisiones para poder seleccionar lo que entra y lo que queda fuera de la historia, como hace el autor de *Infancia*, que opta por compartir con el lector algunos de sus criterios elegidos.

Transitando entre el olvido y el recuerdo, incluyendo o extinguiendo, la construcción narrativa implica siempre una carencia. Pero es precisamente en esta falta, en este vacío, que el narrador encuentra la posibilidad de crear, de inventar una nueva versión de su propia vida. Este elemento, incluido en la narrativa médica, tiene un inmenso valor en la valoración de las historias y en la reconfiguración de las mismas.

En el rompecabezas narrativo siempre se elegirán algunos fragmentos de memoria, pero esto no significa que las descripciones narradas en el presente no sean compatibles con las que tuvieron lugar en el momento de los hechos. Como demuestra el narrador de *Infancia*, volver a contar la infancia es una forma de suscitar una nueva versión de tu propia historia y no contar otra historia. Porque, como escribió Manoel de Barros (2003) en sus *Memórias Inventadas*, "Creo que lo que hago ahora es lo que no pude hacer en la infancia".

Así, escribe Fernando Pessoa en *Nubes*, del *Libro del Desasosiego* (1929): "Nubes... existo sin saberlo y moriré sin querer. Soy el intervalo entre lo que soy y lo que no soy, entre lo que sueño y lo que la vida ha hecho de mí".

Teniendo en cuenta que la infancia solo puede ser narrada desde el presente, cuando se reconoce como tal: ¿cómo se configuró la infancia real -pues de la ficcional ya se nos ha dado algunas noticias - en el tiempo de estos escritores? ¿Estaba ya vigente en ese momento la noción de infancia, como un lugar donde los adultos ofrecen un "espacio potencial" de acuerdo con Winnicott?

Pues, como nos recuerda Philippe Aries, en *História social da infantil e da Família* (1981), la aparición del niño como categoría social se produce lentamente entre los siglos XIII y XVII. Aceptando la tesis de Aries, es necesario aceptar que la infancia, tal como se la entiende hoy, no existe antes de este período. Según el autor, el sentimiento de infancia no significa lo mismo que tener afecto por los niños, sino que corresponde tomar conciencia de la particularidad del niño, es decir, lo que esencialmente distingue al niño del adulto.

Podemos decir, de esta forma, que la infancia vivida a finales del siglo XIX y principios del XX es el momento en que se amplía la oferta de espacios de experiencias lúdicas y creativas junto a sus pares, no sólo en la vida familiar. En ese mismo escenario, tal como lo describe Norbert Elías en *"La sociedad de los individuos"* (1994), la sociedad aún se presentaba, en el imaginario infantil de la época, como un espacio en el que los adultos disciplinaban a los niños utilizando castigos, castigos y burlas contra ellos. Así lo recordaba Graciliano en su *Infancia*: "Fue el miedo lo que me guio en los primeros años, el pavor." (RAMOS, 1995, p.12).

Sin pretender terminar el ejercicio de comprensión de la obra, este ensayo concluye una primera etapa, dejando abiertas nuevas puertas para el diálogo y la reflexión. Como comentamos al inicio del presente texto, presentamos aquí sólo una entre las infinitas posibilidades de lectura atenta de la obra literaria. Un proceso de comprensión en espiral,

apoyado en las lecturas de algunos pensadores, pero también en la propia experiencia como lectores. Lectores de las obras e intérprete de datos históricos y biográficos; testigos de nuestras interpretaciones; actores de nuestras reflexiones del mundo.

Como la vida imita al arte, podemos considerar que, para el ejercicio de la lectura en la práctica de la narrativa Médica, cuanto más amplios sean los instrumentos de análisis e interpretación, más calificada será nuestra escucha de la historia del otro (paciente, médico o integrante del equipo de salud) en el cotidiano del trabajo en salud.

Referencias bibliográficas

- ARIÈS, P. A História Social da Criança e da Família. Rio de Janeiro: Zahar, 1981.
- BARROS, Manoel. Memórias Inventadas. São Paulo: Planeta, 2003.
- CHARON, Rita. Narrative Medicine: Honouring the Stories of Illness. NY: Oxford University Press, 2006, pp. 39-40.
- ELIAS, Norbert. A sociedade dos indivíduos. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed., 1994.
- FREUD, Sigmund. Lembranças encobridoras. In Edição Standard Brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud, trad. sob Direção Geral de Jayme Salomão. Rio de Janeiro: Imago Ed., vol. III.
- FREUD, Sigmund. Escritores Criativos e Devaneios. In Edição Standard Brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud, trad. sob Direção Geral de Jayme Salomão. Rio de Janeiro: Imago Ed., vol. IX.
- GAGNEBIN, Jeanne Marie. História e narração em Walter Benjamin, São Paulo: Editora Perspectiva, 1999.
- MEYER, Augusto. Segredos da infância. Porto Alegre: Editora Globo, 1994.
- OROFINO, Maria Marta. Literatura aplicada: uma partilha do sensível na produção do cuidado em saúde. In Literatura na vida: Experiências de ler e escrever na Educação e na Saúde. Porto Alegre: Editora UFRGS, 2020.
- OROFINO, Maria Marta & SILVA, Márcia Ivana de Lima. Narrativas em saúde: quinze minutos de literatura na produção do cuidado em equipe multiprofissional. Interface - Comunicação, Saúde, Educação [online]. 2020, v. 24 [Acessado 20 Setembro 2022], e190775. Disponível em: <<https://doi.org/10.1590/Interface.190775>>. Epub 19 Jun 2020. ISSN 1807-5762. <https://doi.org/10.1590/Interface.190775>.
- PERRONI. Maria Cecília. Desenvolvimento do Discurso Narrativo. São Paulo: Martins Fontes, 1992.
- RAMOS, Graciliano. Cartas brasileiras. Rio de Janeiro: Editora Record, 1980.
- RAMOS, Graciliano. Infância. Rio de Janeiro: Editora Record, 1995.
- RICOEUR, Paul. Tempo e narrativa. São Paulo: Editora WMF Martins Fontes, 2010.



WINNICOTT, D. W. O brincar & a realidade. Trad. J. O. A. Abreu e V. Nobre. Rio de Janeiro: Imago, 1975.